

DIARIO 3 PUERTO RICO (1951-1956) DE ZENOBIA CAMPRUBÍ*

“En la vida que has vivido/ por el espacio y el tiempo/ me tocó vivir contigo/ estrella de los luceros./ ¡Y cómo te merecí/ yo no puedo comprenderlo”,¹ le escribía Juan Ramón Jiménez a su amada Zenobia, en 1952, y la dama sonrojada lo recogía en su *Diario*, cuyo tercer tomo sobre la estadía de la pareja en Puerto Rico publicó la Editorial de la Universidad de Puerto Rico (2006). Registro del amor y la angustia, de la devoción sin límites de Zenobia por Juan Ramón; y, también, del egoísmo, los gritos, la bondad y la depresión aguda del poeta de Moguer, este *Diario* es lectura imprescindible para los que nos hemos enternecido con *Platero y yo* o nos hemos estremecido con *El viaje definitivo*. Editado con exactitud, preparado con rigurosidad y admiración por Graciela Palau de Nemes, este *Diario* es testimonio de la profunda sensibilidad de Zenobia Camprubí, de su talento como cronista de su vida junto al poeta, y de su incuestionable contribución a la difusión y preservación de la obra de Juan Ramón. Dice el dicho popular que detrás de cada gran hombre hay una mujer. Este *Diario* demuestra que no es detrás sino al lado, sosteniéndolo, cuidándolo, exigiéndole y doliéndose con él, en amorosa entrega y dedicación.

Este *Diario*, coeditado por Alianza Editorial y La Editorial, de la Universidad de Puerto Rico, cubre los años de 1951 al 1956, es decir, después de la primera aparición del cáncer de Zenobia hasta su muerte. Escrito en tono íntimo y conmovedor, el *Diario* consta de múltiples registros de la vida de la pareja en Puerto Rico, desde su encuentro con la naturaleza del país y sus habitantes, pasando por los domingos tristes, las peleas, las ternuras, y su relación con la Universidad de Puerto Rico, con la eterna y dolorosa presencia de las enfermedades de ambos. A la par, desfilan por los recuerdos de Zenobia el carteo con las principales figuras de la literatura y la intelectualidad iberoamericanas: Rubén Darío, Camilo José Cela, Gabriela Mistral, Ricardo Gullón, Julián Marías y José Lezama Lima, entre tantos otros.

A su llegada a la isla, Zenobia exclama: “La belleza natural de esta isla debiera ser suficiente para calmar mi espíritu”.² La naturaleza isleña le dan ganas de vivir, pero su visión crítica es certera: “Puerto Rico es maravilloso en su naturaleza, aunque se aburra uno con un nivel medio poco interesante de

* Presentación llevada a cabo en la Feria Internacional del libro de Guadalajara 2006.

¹ Zenobia Camprubí, *Diario 3. Puerto Rico (1951-1956)*, Madrid, Alianza Editorial/ La Editorial, Universidad de Puerto Rico, 2006; p. 22.

² *Ibid.*; p. 40.

burguesía, más ocupada en cosas materiales que espirituales o intelectuales”.³ Se alarma por el ruido y las fiestas constantes, le fastidian las constantes tardanzas de todos, pero, al final, se rinde ante el ambiente natural: “¡Puerto Rico es tan suave y tan plácido!”.⁴

El centro de la escritura del *Diario* es la relación entre Juan Ramón y ella. Prima, sobre todo, el amor. “Cuando yo sentí la vida es cuando yo te quise a ti”,⁵ le dice con ternura Juan Ramón, y Zenobia se ruboriza. Los piropos no cesan: “¡Qué bonita eres!”, le dice, como un novio, el poeta, y la amada responde: “Para ti, mi vida”.⁶ Amor que se acrecienta con el tiempo: “¡Cómo se da uno cuenta de que se quiere más y más a medida que pasan los años!”.⁷ Pero ni un amor tan profundo escapa a la angustia que sufría el poeta: “Envuélveme con tu luz para que la muerte no me vea”.⁸ Zenobia documenta con dólida precisión los vaivenes emocionales y anímicos que sufre Juan Ramón por un padecimiento mental que oscila entre la depresión, la neurosis y la psicosis. Las manías del poeta irrumpen en la vida cotidiana de la pareja, dificultando por momentos la convivencia. Juan Ramón era excesivamente sensitivo a los olores, así que no recibía a nadie que usara perfume. Le disgustaba la luz y aborrecía las corrientes de aire, lo que convertía la vivienda en una prisión oscura. Los ataques de nervios llevan al poeta a acciones violentas: “...se arrancó los botones y destrozó el bolsillo derecho de la chaqueta, no ya por dentro, como en días anteriores, sino que lo destrozó por fuera... estas cosas me tienen desesperada”.⁹ Incluso, llega a agredir a su amada: “...no sin que antes montara en cólera y me estrujase con rabia un brazo”,¹⁰ para, luego, arrepentirse y pedirle perdón. Esas alternancias de furia y remordimiento llevan a Zenobia a una triste alegría, siempre en añoranza de la recuperación del Juan Ramón de antaño. A menudo se echa a sí misma la culpa: “...no tengo bastante serenidad para dominar las situaciones y sacar provecho de las aparentes desventajas. Hoy ha quedado triunfante la psicosis de J.R.”.¹¹

Frente a ese cuadro desolador, Zenobia nos brinda testimonio conmovido del otro rostro del poeta. Abundan los relatos de lo que Zenobia denomina las pequeñas cosas que significan tanto y de las que pocas personas se acuerdan. Su compasión por los desposeídos, la bondad que manifiesta por los niños y las muestras de cariño que le brinda a su amada completan un cuadro complejo de

³ *Ibid.*; p. 63.

⁴ *Ibid.*; p. 32.

⁵ *Ibid.*; p. 225.

⁶ *Ibid.*; p. 78.

⁷ *Ibid.*; p. 27.

⁸ *Ibid.*; p. 225.

⁹ *Ibid.*; p. 205.

¹⁰ *Ibid.*; p. 82.

¹¹ *Ibid.*; p.141.

la personalidad del poeta, quien a menudo le proponía a Zenobia el suicidio. Denso drama humano que ella enfrenta con estoicismo, dedicación y amor, sin que eso evite que, ocasionalmente, se moleste con su esposo y hasta le grite, para, luego, asumir la responsabilidad de lo ocurrido.

El *Diario* recoge la dedicación total de Zenobia a la difusión y conservación de la obra del poeta. Es ella la que pasa a máquina los poemas, la que se comunica con los editores, la que escribe todas las cartas, la que selecciona los poemas que se van a incluir en las antologías, la que, aun enferma y adolorida, sigue preocupándose más por él que por sí misma. Hermoso testimonio de la entrega amorosa más desinteresada. Quizás, por eso, al momento de recibir la notificación del Premio Nobel, Juan Ramón exclamó: “Es ella quien lo merece”.¹²

A medida que progresa el *Diario* y el cáncer va minando las fuerzas de Zenobia, las entradas van documentando el desarrollo de la Sala Zenobia-Juan Ramón, lugar que la Universidad de Puerto Rico destinó para acoger la obra del poeta y las pertenencias del matrimonio. Otra vez fue Zenobia la fiel curadora que organizó los materiales, los clasificó y los anaqueló con pasión devota. Dicha sala, hoy en el segundo piso de la Biblioteca José M. Lázaro en el Recinto de Río Piedras, es el centro de investigación por excelencia de los estudiosos de Juan Ramón.

Las páginas finales del *Diario* recogen el avance inmisericorde del cáncer y el estoicismo de Zenobia. Frente al sufrimiento, las terribles quemaduras producidas por la radiación, y el dolor como suma de dolores, Zenobia demuestra su fortaleza espiritual e, incluso, llega a reflexionar sobre los límites de la existencia: “Hice mi suscripción de 1 año para *Américas* (revista publicada en Washington), sin asustarme demasiado. ¿Dónde estaré yo al año? Quizás aquí mismo. La vida se pone tremendamente provisional, sobre todo cuando no podemos siquiera pensar en organizar el porvenir...”.¹³

Dos días antes de morir, Zenobia se entera de que se le otorgó el Nobel a Juan Ramón. Dice Graciela Palau: “Zenobia, que había estado semicomatosa, abrió los ojos y entonó lo que a nosotros nos pareció un villancico, una canción de alegría...”.¹⁴ Añade Palau que Zenobia pasó su último día gloriosa, lúcida, pues el Nobel de Juan Ramón era para ella merecido premio por sus trabajos, sus ansias, sus plegarias, su incomparable amor, sus sacrificios por el hombre que por ella vivió y pudo escribir la más honda poesía de su vida.

Conmover este *Diario*, en cuidada edición de Graciela Palau de Nemes, lectura obligada para los que también nos iremos, y se quedarán los pájaros cantando...

José Luis Ramos Escobar
Universidad de Puerto Rico

¹² *Ibid.*; p. 374.

¹³ *Ibid.*; p. 349.

¹⁴ *Ibid.*; p. 374.